

LENGUAJE

El enfrentamiento entre Trump y el Papa es un choque entre el poder y la verdad

INTERNACIONAL

15_04_2026

**Daniele
Trabucco**



El enfrentamiento personal no es lo que hace relevante el choque entre Donald Trump, presidente de los Estados Unidos de América, y el Papa León XIV. Su significado es más profundo, porque afecta a la relación entre el poder y la verdad. Trump ha atacado

públicamente al Papa con palabras despectivas, calificándolo de “terrible”, “débil ante el crimen” y “terrible en política exterior”, después de que León XIV condenara la guerra contra Irán, la idolatría del poder y el abuso del lenguaje religioso en apoyo de la violencia.

El Pontífice ha respondido sin entrar en el terreno de la pelea: ha asegurado que no teme a la administración estadounidense y que pretende seguir hablando en nombre del Evangelio y de la paz. En Argel ha definido la paz no como mera ausencia de conflicto, sino como “expresión de justicia y dignidad”, añadiendo que “el futuro pertenece a los hombres y mujeres de paz”. Aquí se manifiesta una diferencia que es a la vez política, antropológica y metafísica.

Bajo el punto de vista de la postura de Trump, el poder tiende a presentarse como principio de legitimación de sí mismo: vale lo que se impone, convence lo que prevalece, es justo lo que sale bien. La fuerza ya no aparece como un medio subordinado a un bien, sino como criterio implícito del bien. Por eso, una palabra que evoca un límite superior se percibe como insoportable. El Papa no molesta porque interviene en cuestiones internacionales, sino porque recuerda que el poder no coincide con la verdad, que la eficacia no genera por sí misma justicia y que ninguna victoria absuelve al arbitrio. Su mera existencia pública da testimonio de que hay una autoridad que no deriva del consenso, no se doblega ante la amenaza y no busca en la fuerza la prueba de su propia legitimidad.

En esta perspectiva cobra relevancia la referencia agustiniana de León XIV. En el [discurso al Cuerpo Diplomático del 9 de enero de 2026](#) denunció la debilidad del multilateralismo, el retorno de una “diplomacia de la fuerza” y la pretensión de buscar la paz “mediante las armas” como condición del dominio. En particular, el Pontífice se refirió a la paz como *tranquillitas ordinis*, es decir, como el orden justo del alma, de la ciudad y de los pueblos.

Es un punto decisivo. La paz, en sentido clásico, no es la congelación técnica del conflicto, no es el simple equilibrio entre temores recíprocos, no es la tregua producida por la disuasión. Es el nombre político de un orden moral: existe donde cada uno recibe lo que le corresponde y donde la convivencia reconoce un bien que precede a la voluntad de las partes. No nace del pacto como de una fuente absoluta; es, más bien, aquello a lo que el pacto debería servir.

La diferencia con respecto al imaginario moderno es radical. La modernidad política suele concebir el orden como resultado de una composición de voluntades

soberanas, formalmente iguales y recíprocamente limitadas. En ese horizonte, el derecho tiende a reducirse a un procedimiento y la paz a la estabilización del “choque”. Lo esencial es impedir que el conflicto estalle más allá de un cierto umbral. Ahora bien, si falta una medida objetiva de lo justo, el procedimiento no salva nada: solo administra el desorden.

El acuerdo puede suspender la guerra, pero no funda la paz. La disuasión puede producir silencio, pero no concordia. El equilibrio puede retrasar la ruina, pero no convertirla en orden. Para Agustín, en cambio, la cuestión decisiva no es cómo hacer tolerable la colisión de las voluntades, sino cómo reconducirlas a una justa jerarquía de los bienes. Allí donde domina el *amor sui*, la paz es solo un intervalo armado; allí donde el orden se deja juzgar por el bien, también la política recupera una forma no idólatra. La paz es, entonces, el nombre terrenal de una justicia nunca poseída por completo, pero siempre normativamente exigente y, precisamente por eso, superior a la victoria.

Por eso la paz no es el contrario débil de la fuerza, sino la forma más elevada de la fuerza redimida. Solo una fuerza que renuncia a hacerse absoluta puede llegar a ser justa. Solo una soberanía que acepta ser medida por algo que no produce puede evitar transformarse en dominio.

Cuando León XIV insiste en la justicia, la dignidad, el diálogo y el derecho internacional, no canoniza en absoluto el proceduralismo contemporáneo; más bien trata de sustraer el léxico público de su neutralización técnica y de reabrirlo a la cuestión del bien. En otras palabras, no sacraliza las instituciones: las juzga. No diviniza el multilateralismo: lo subordina. No bendice cualquier paz: distingue la paz verdadera de su caricatura. Lo que defiende no es la inercia diplomática, sino la primacía de la medida sobre el mando, del límite sobre la voluntad de poder, de la verdad sobre la propaganda. En ese sentido, la paz no es una tregua sentimental: es una categoría ontológica de lo político.

De esta manera, el episodio ha adquirido un valor simbólico. No solo porque un presidente haya insultado a un Papa, hecho ya de por sí grave, sino porque el imperio ha reaccionado con irritación ante la simple idea de no ser absoluto. Incluso la imagen pseudocristológica difundida por Trump y luego retirada revela esta tentación: no adorar el símbolo, sino incorporarlo; no dejarse juzgar por lo sagrado, sino utilizarlo como escenografía del yo soberano. Es el signo de una política que, habiendo perdido el vínculo con lo verdadero, busca en la teatralización de sí misma un sustituto de la trascendencia. Lo sagrado, entonces, no se niega: se degrada a repertorio iconográfico del poder.

León XIV, en cambio, reintroduce en el lenguaje público una seriedad ya poco común. Al decir que la paz es justicia y dignidad, recuerda que el orden político no nace del capricho de la voluntad, sino del reconocimiento de una medida. En este sentido, el Papa no opone a la fuerza una fragilidad moral; opone la libertad de la verdad a la idolatría de la fuerza. Y es precisamente esta libertad la que más teme el poder: aquella que sabe decirle, con calma, que no es Dios.